

## La visión del hombre americano en Benito Arias Montano y Pedro de Valencia

Jesús PANIAGUA PÉREZ  
*Universidad de León*

La Biblia ha sido uno de los libros más utilizados políticamente para legitimar el poder constituido o para combatirlo. De hecho, la justificación de la conquista del Nuevo Mundo se hizo en claves bíblicas<sup>1</sup>. No resulta extraño este proceder si tenemos en cuenta que el mundo europeo era ante todo un mundo cristiano y que precisamente en el siglo XVI se vivía en un momento de efervescencias en torno al libro sagrado de cristianos y judíos. Traducciones, comentarios, estudios, etc. surgieron por doquier e impregnaron el ambiente intelectual. Por tanto, no es de extrañar que dos de los grandes biblistas del último humanismo español también recurrieran al Libro para explicar muchos de los acontecimientos de la época, aunque la visión que cada uno de ellos tuvo del hombre americano en este sentido fue muy diferente.

Para conocer la vinculación de estos dos hombres tomamos como referente la biografía de Pedro de Valencia, que nos dejó escrita, en forma cronológica, el doctor Gaspar Morocho Gayo<sup>2</sup>. El primer contacto de Pedro Valencia con Arias Montano no fue personal y tuvo lugar 1574, cuando el zafrense era un estudiante de Leyes en la Uni-

---

<sup>1</sup> N. Fernández Marcos, «*De Varia Republica*: política y Biblia en Arias Montano», *Silva. Estudios de Humanismo y Tradición Clásica* 2 (2003), p. 27.

<sup>2</sup> G. Morocho Gayo, «Introducción a una lectura de Pedro de Valencia», en P. de Valencia, *Obras Completas V/2. Relaciones de Indias 2. México*, León, Universidad, 1995, pp. 15-64.

versidad de Salamanca. Compró entonces el libro del comentario a los Salmos de Arias Montano y parece que el autor de Fregenal causó una gran impresión en el estudiante. Sin embargo, el encuentro personal se produciría años más tarde en la Peña de Aracena, en marzo de 1578, cuando Valencia se trasladó allí para comenzar con Montano los estudios de Sagrada Escritura y de lenguas orientales. En aquel lugar permanecieron hasta septiembre de 1579 y en ese tiempo se cree que el de Zafra colaboró en la *Políglota* en la parte de la interpretación de Xantes Pagnini, lo mismo que se piensa que colaboró con el maestro, en 1583, en la obra *De optimo imperio sive in librum Josue commentarium*. Ambos, pues, habían profundizado en una relación intelectual y de amistad, que duró hasta la muerte del frexnense; de hecho, en 1584, Arias Montano encargaba algunos libros de autores clásicos a Moreto, en Flandes, para que se le enviaran a Pedro de Valencia. En 1589 Valencia preparaba la edición de Montano de los *Poemata in quatuor tomos distincta*. En 1592 prologaba al maestro sus *Hymni et saecula* y en ese mismo año ambos colaboraban en la obra *De varia republica, sive commentarium in librum Iudicum*. Al año siguiente Montano visitaba al de Zafra y ambos colaboraron en la obra del *Comentario de Isaías*. En 1594 Montano está procurando que se publiquen en Flandes los *Academica* de Valencia, que verían la luz en 1596. En 1597 de nuevo Montano visitó a Valencia y le hizo una donación de cuadros, esculturas, aparatos científicos y libros. El 6 de julio de 1598 el maestro moría en Sevilla y Pedro de Valencia siguió ocupándose de su obra y de su testamento; así, gracias a sus gestiones, en 1601 se publicaba la *Naturae Historia*. Por tanto, no es de extrañar que Valencia manifestase, en 1604, su deseo de escribir una biografía de Montano, en la que responder a las acusaciones que se vertían sobre su formador y amigo. Precisamente en ese año Andrés de León y el P. Maluenda denunciaban a la Inquisición romana las obras de Montano y, de manera muy concreta, la *Biblia Regia*. Ya por entonces Pedro de Valencia tenía dudas de que las obras de su maestro y amigo pudieran seguir publicándose; así lo manifestó al año siguiente, aunque todavía por entonces pudiera salir a la luz el *In XXXI Davidis Psalmos priores commentaria*. En 1607, en Roma se ordenaba un expurgatorio de las obras de Montano y nada pudo hacer su amigo para que no se incluyeran en el *Índice* romano de 1612.

## BENITO ARIAS MONTANO Y SU VISIÓN DEL HOMBRE AMERICANO

Benito Arias Montano ha sido, sin duda, el mayor biblista español de la Edad Moderna, no sólo por su edición de la *Biblia Poliglota* de Amberes o por sus estudios exegéticos, sino también por haberse convertido en uno de los grandes conservadores de la tradición bíblica española en la Biblioteca del Real Monasterio del Escorial, tal y como ha sido estudiado recientemente por Sergio Fernández López<sup>3</sup>. No es ahora el momento, sin embargo, de que hagamos todo un proceso de estudio sobre el biblismo montaniano, trabajo que sería imposible de resumir en una páginas, sino de sólo aquello que hace referencia a su posición respecto del hombre americano.

Montano, como el gran intelectual español de su tiempo y uno de los últimos representantes del humanismo peninsular del Quinientos, no podía permanecer ajeno al fenómeno americano. De hecho, sus vinculaciones al tema indiano tenían hasta connotaciones personales, y ello por varios motivos. En primer lugar, por su profunda amistad con Juan de Ovando, el que fuera presidente del Consejo de Indias desde 1571 a 1575<sup>4</sup>, después de haber ejercido como visitador del mismo. La responsabilidad de Ovando en los asuntos indianos había servido para que Montano, en ocasiones, proyectase la influencia que tenía sobre su amigo. Así, recurrió a él para que se promocionase al franciscano Jerónimo de Albornoz a la diócesis de Tucumán, en 1570, aunque aquel fraile no llegaría a ocupar dicho obispado, porque, después de retrasar su viaje, murió en Lima en el trayecto de ida, en 1574<sup>5</sup>. También otro amigo, y clérigo como él de la Orden de Santiago, Antonio Ruiz de Morales, se hallaba en Indias, ya que había sido nombrado obispo de Michoacán en 1566; pero probablemente también sería Ovando quien le promocionase a la más lucrativa diócesis de Tlaxcala, adonde llegaba en 1573<sup>6</sup>; Ruiz de Morales no sólo era amigo personal de Montano, sino también su colaborador inte-

<sup>3</sup> S. Fernández López, *Lectura y prohibición de la Biblia en lengua vulgar. Defensores y detractores*, León, Universidad, 2003, pp. 269-296.

<sup>4</sup> J. Paniagua Pérez, «Burócratas e intelectuales en la corte de Felipe II. La amistad de Juan de Ovando y Benito Arias Montano», *La Ciudad de Dios* 211,3 (1998) 919-953.

<sup>5</sup> G. González Dávila, *Teatro Eclesiástico de la primitiva Iglesia de las Indias Occidentales. Vidas de sus arzobispos y obispos y cosas memorables de sus sedes, en lo que pertenece al reino del Perú*, León, Universidad, 2002, p. 229.

<sup>6</sup> M.I. Viforcós Marinas y J. Paniagua Pérez, «Notas biográficas sobre Antonio Ruiz de Morales», en A. Ruiz de Morales, *La Regla y Establecimientos de la Orden de la Cauallería de Santiago del Espada, con la Hystoria del origen y principio della*, León, Universidad, 1998, p. 23.

lectual, pues había realizado las anotaciones a su *Rhetoricā*<sup>7</sup>, cuando ambos se hallaban en San Marcos de León, donde Morales fue padrino de profesión del de Fregenal. Pero fueron otros muchos amigos y deudos los que se vieron beneficiados en las Indias de aquella amistad de Montano con Ovando. Entre ellos el comerciante Díaz Becerril, que ya tenía negocios en América cuando Ovando llegó al Consejo, pero éstos se vieron incrementados al nombrársele tesorero de Cruzada en Indias, por lo que en 1576 se le permitía enviar seis hombres para la administración de dicha bula de Cruzada<sup>8</sup>. Montano, además, solicitó apoyos para su amigo Gaspar Vélez de Alcocer, factor de los negocios de Diego Díaz Becerril en el Perú y gran conocedor de la lengua hebrea, que, como Pedro de Valencia, la había aprendido con él en la Peña de Aracena<sup>9</sup>. Además, durante la estancia en Flandes de Montano, su amigo Ortelio lo utilizó para solicitar a Ovando mapas de las Indias, para su publicación en el *Theatrum Orbis Terrarum*, que se editaría en 1570<sup>10</sup>.

Las conexiones de Benito Arias Montano con América no sólo hay que limitarlas a su círculo de amistades, pues además de esto había pasado parte de su vida en Sevilla, lo que le había abierto los ojos al mundo transoceánico, en aquel ir y venir del puerto hispalense, donde se hablaba de riquezas, de esperanzas, de fantasías, de milagros y de todas aquellas cosas a las que no pudieron ser ajenos ni los ojos ni a los oídos del de Fregenal.

Todo ello, sin duda, despertó y alimentó su curiosidad por el Nuevo Mundo, y se dejó seducir por algunas de sus maravillas; de ahí su afición al coleccionismo de algunas de las cosas que llegaban del otro lado del Atlántico<sup>11</sup>. No se puede negar, por tanto, el gran interés que Montano tuvo por las cosas americanas. Sin embargo, no fue mucho lo que nos dejó escrito sobre esta temática que, sin duda, debió ser objeto frecuente en sus conversaciones con amigos e intelectuales, vistas las vinculaciones que mantenía con lo americano a través de viejos amigos y de los políticos del momento. Pero, de manera muy espe-

<sup>7</sup> B. Arias Montano, *Los Rethoricorum libri quattuor*, Amberes, 1569. Una edición actual es la de M.V. Pérez Custodio, editada por la Excm. Diputación Provincial de Badajoz y Universidad de Cádiz, en 1984.

<sup>8</sup> J.A. Benito Rodríguez, «Organización y funcionamiento de los tribunales de Cruzada en Indias», *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos* (online) 22 (2005), 169-190.

<sup>9</sup> J. Paniagua Pérez, «Burocratas e intelectuales...», pp. 922-923.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 939.

<sup>11</sup> J. Gil, *Mitos y Utopías del Descubrimiento. 1 Colón y su tiempo*, Madrid, Alianza, 1992.

cial, él era un biblista, y ello condicionó en buena medida su imagen del *Novus Orbis*. Para Montano la *Biblia* lo era todo; en ella se recogía, sin lugar a dudas, el pasado y el devenir de la humanidad. Nada en la vida del hombre podía quedar al margen de los designios divinos, nada fuera de los límites del libro sagrado de los cristianos, ni siquiera las desconocidas Indias. Hubo, pues, en él una necesidad de vincular aquellas tierras al proceso de salvación, lo que de alguna manera condicionó su visión de las cosas y, al contrario de lo que sucedió con otros aspectos de sus escritos, promocionó unas fantasías que no eran las que caracterizaban a este extremeño en su obra, como lo demostró en su posición frente al Pergamino y Láminas de Granada<sup>12</sup>.

De aquel proyecto de incardinar América en el proceso bíblico no se escapó el hombre americano. La cuestión no era nueva y se podía retrasar hasta los tiempos colombinos e, incluso, se había hablado de la evangelización llevada a cabo por el apóstol San Bartolomé en aquellas tierras, como veremos al hablar de Pedro de Valencia, o de la de San Judas. Sin embargo, para Montano, como para otros autores, había que explicar el origen de aquella humanidad que había sido desconocida para las gentes del Viejo Mundo hasta 1492. De lo que no cabía duda era de que Adán era el padre común de todos los hombres y todos habían sido formados a partir de un solo Creador. El libro del *Génesis*, en este sentido, no se podía poner en duda. Pero una nueva catástrofe iba a sacudir a la humanidad: el Diluvio Universal. Tras el Diluvio, al que sólo sobrevivieron Noé y su descendencia, de nuevo se limitaban las posibilidades de los orígenes humanos. Los hijos de aquel hombre (Sem, Cam y Jafet) fueron los llamados a poblar la Tierra. De acuerdo con estas premisas, Montano hace una narración e interpretación del *Génesis*, que se recoge, sin hacer mención expresa al Nuevo Continente, en el *Libro de la Generación y Regeneración*<sup>13</sup>. En el mencionado libro nos relata y analiza los pasajes del *Génesis* 9, en que los hijos de Noé ven a su padre desnudo y Cam se burla de él, por lo que fue maldecido por su progenitor diciendo «esclavo de esclavos será para sus hermanos»<sup>14</sup>. Luego, cada uno de

<sup>12</sup> P. de Valencia, *Obras Completas IV. Escritos Sociales. 2. Escritos Políticos*, León, Universidad, 1999, pp. 143-272. La edición y estudio de lo referente a Montano sobre este asunto se debe al profesor G. Morocho Gayo.

<sup>13</sup> B. Arias Montano, *Libro de la generación y regeneración del hombre o acerca de la Historia del Género Humano* (ed. F. Navarro Antolín), Huelva, Universidad, 1999, pp. 222-260.

<sup>14</sup> *Gen.* 9, 25. B. Arias Montano, *Libro de la generación...*, p. 225.

ellos pasó a poblar una parte de la Tierra, pero sus descendientes también unieron sus esfuerzos para levantar la inmensa torre de Babel. La presunción de aquellos hombres provocó la ira de Dios, lo que daría lugar a la confusión de lenguas y a la dispersión con la que Dios castigó el atrevimiento de aquellos hombres. Aun así, en cada grupo se mantuvo encendido el deseo de levantar su ciudad y su torre<sup>15</sup>. En aquella confusión de lenguas, además, se puso en entredicho el conocimiento del Dios verdadero y surgieron dos sectas de seres humanos, que utilizaron el nombre de Dios en su propio beneficio: la de los poderosos, que procuraron ser tenidos como dioses, porque alegaban que sus antepasados lo habían sido, y la de quienes por la reputación de su sabiduría engañaban a los demás y elevaban súplicas a nombres falsos de la divinidad, confiando sus misterios sólo a sus discípulos y seguidores, y a los demás sólo les decían lo que debían adorar y honrar. Ambas clases de hombres recurrieron a captar a los demás con imágenes extrañas y ajenas a los sentidos, en vez de atraerlos con la búsqueda y contemplación de lo que no se ve<sup>16</sup>. Surgieron así aberraciones de todo lo humano y lo divino<sup>17</sup>. De los nombres de Elohim y Yaveh, sólo quedó recuerdo del primero en la casa de Cam y del segundo en la de Sem. Aquellas aberraciones, seguramente Montano las relacionaba con los cultos prehispánicos de América, de los que él debía tener alguna noticia, pues algunos escritos sobre el tema habían llegado a la Biblioteca de El Escorial, sin olvidar que pudo haber conocido la obra de Bernardino de Sahagún, ya que algo de ella había llegado a las manos de su amigo Juan de Ovando. En este sentido, el propio fray Bernardino le había hecho llegar a Ovando un sumario de su obra, hacia 1570, a través de los padres Miguel Navarro y Jerónimo de Mendieta<sup>18</sup>. Esto parece que despertó el interés del presidente del Consejo de Indias, que se interesó por conocer la obra, aunque su muerte iba a ser para Sahagún, entre otras cosas, un motivo de adversidad<sup>19</sup>.

La misma historia de Noé, pero ya referida expresamente a América, la vuelve a mencionar en el prefacio al libro *Phaleg*<sup>20</sup>. Lo mismo

<sup>15</sup> B. Arias Montano, *Libro de la generación...*, p. 236.

<sup>16</sup> B. Arias Montano, *Libro de la generación...*, pp. 237-238.

<sup>17</sup> B. Arias Montano, *Libro de la generación...*, p. 240.

<sup>18</sup> M. León-Portilla, *Bernardino de Sabagún. Pionero de la Antropología*, México, UNAM, 1999, pp. 156-157.

<sup>19</sup> M. León-Portilla, *Bernardino de Sabagún...*, pp. 162-163.

<sup>20</sup> Debemos agradecer la traducción de este «Prefacio a los lectores escrito por el hispalense Benito Arias Montano al libro *Phaleg* o sobre los primeros asentamientos

que en el *Libro de la Generación*, lleva el origen de las diferentes razas y culturas hasta Noé. Tras el Diluvio, sus descendientes, como ya manifestamos, fueron los que dieron lugar a grandes grupos humanos, separados por amplias regiones, pero, a pesar de ello, unidos por una sola comunidad y una misma naturaleza. Será precisamente por esa unidad por la que todos los humanos deben estar con un mismo ánimo y formar un solo cuerpo, aunque la consecución de lo cual sería más fácil a quienes han sido regenerados por Cristo, ya que éstos pueden vincularse en la comunión de una sola iglesia católica, a la que se puede ir añadiendo el género humano, creado en otro tiempo a partir de un padre común, Adán. Esta unión se conseguiría llevando el Evangelio a las naciones extranjeras y distantes, ya que el mensaje de Salvación debería llegar hasta los pueblos más remotos del Orbe. En realidad, era lo que se estaba haciendo a través del proceso de cristianización de los españoles en el Nuevo Mundo. Con ello, también vemos en Montano la idea de España como nación elegida por Cristo para propagar su Evangelio, justificada, incluso, en las migraciones de judíos hacia la Península tras las dos destrucciones del Templo, en tiempos de Nabucodonosor y de Tito, ya que el fin último de éstas era propagar el Evangelio en el Nuevo Mundo<sup>21</sup>. Probablemente esto sea un motivo más para pensar en el origen judío del de Fregeñal, ya que convierte a los descendientes de aquellos judíos emigrados a España en los propagadores del Evangelio en las nuevas tierras que se abrían al otro lado del Atlántico.

Donde también hace una mención más expresa del hombre americano es en el comentario que hizo al profeta Isaías<sup>22</sup>. Pero en esta obra las alusiones se hacen de forma más concreta, en lo que se refiere al origen bíblico del hombre americano. La evolución la plantearía de la siguiente manera: Noé engendró a Sem; éste tuvo como hijo a Arfaxad, que engendró a Sale, que engendró a Heber, que engendraría a Iektán, del que provendría el nombre de Yucatán<sup>23</sup>. Precisamente los

---

de los pueblos y su lugar en la tierra» a la Dra. Asunción Sánchez Manzano, que nos lo ha facilitado, antes de ser entregado a la imprenta para su publicación dentro de la *Colección de Humanistas Españoles*, en la obra sobre el *Apparatus* de la *Biblia Regia* de Arias Montano.

<sup>21</sup> N. Fernández Marcos, «El Nuevo Mundo en la exégesis filológica del siglo XVI», en N. Fernández Marcos y E. Fernández Tejero, *Biblia y humanismo. Textos, talentos y controversias del siglo XVI español*, Madrid, FUE, 1997, pp. 39-40.

<sup>22</sup> B. Arias Montano, *Commentaria in Isaiae prophetae sermones*, Amberes, 1599, p. 1455.

<sup>23</sup> B. Arias Montano, *Libro de la generación...*, p. 243.

hijos de Iektan, Ophir y Iobab, serían los primeros pobladores de América. El primero llegaría a ocupar hasta el Perú y el segundo Brasil. Con esta disquisición, el hombre americano quedaba vinculado al origen común de todos los seres humanos y se convertía en objeto del programa de salvación del Dios de los cristianos y de los judíos. Pero no sólo eso, sino que en la antigüedad las relaciones no quedaron rotas entre Israel y los descendientes de Iobab, amén de que, de acuerdo con las interpretaciones que hizo Montano, aquel Nuevo Mundo quedaba perfectamente descrito en el libro sagrado de judíos y cristianos. Los antiguos israelitas conocían, pues, muy bien aquellas tierras al otro lado del Atlántico porque se dirigieron a ellas con frecuencia en sus navegaciones. Por todo ello, nos dice Montano, nada se puede comparar a la descripción que hizo Moises de la tierra de Ophir, o el profeta Jonás, o los *Paralipómenos*, incluso el libro de Job. Además, el de Fregenal llega a hablar de la flota de Salomón enviada hacia Oriente, hasta las Indias, de donde se sacaba gran cantidad de oro y de maderas preciosas, que se traían a estas partes y que incluso sirvieron para la construcción del templo de Salomón. Aquellos productos de las Indias eran transportados hacia el oriente a la tierra de los chinos y de los etíopes y de otros pueblos. A aquel lugar se le llamó Ophir, lo que con el tiempo daría lugar al vocablo Perú, que él plantearía como un nombre genérico, que con la llegada de los españoles pasaría a dividirse en Perú y Nueva España. La teoría de Ophir-Perú se vincula con la riqueza de oro, y, como señala el Dr. Gil, probablemente Montano la tomó de La Boderie, cuando se hallaba en Amberes elaborando la *Biblia Regia*<sup>24</sup>. En realidad, ya algunos autores muy anteriores a Montano habían negado toda relación entre Ophir y Perú, pues Pedro Mártir de Anglería nos relata que, según Colón, aunque el cronista lo desmiente, el genovés había encontrado la isla de Ophir<sup>25</sup>; López de Gómara también había desmentido aquella suposición de que el Nuevo Mundo se podía identificar con la mencionada Ophir, porque, por ejemplo, dice que en las Indias no hay unicornios, ni elefantes, ni diamantes, como los que se cargaban en la armadas de Salomón<sup>26</sup>.

Lo cierto es que su conocimiento del hebreo, lengua de escritura consonántica, le llevó a hacer unas disquisiciones lingüísticas por las que los nombres de *Ophir* y *Perú* vienen a ser la misma cosa. Cabe

<sup>24</sup> J. Gil, *Mitos y Utopías...*, p. 228.

<sup>25</sup> P. Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, Madrid, Polifemo, 1989, p. 11.

<sup>26</sup> F. López de Gómara, *Historia General de las Indias y Vida de Hernán Cortés*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1984, p. 314.

preguntarse el por qué Arias Montano no se informó más sobre las cuestiones peruanas, pues nunca a la Nueva España se la consideró Perú, ni siquiera tal nombre definió una entidad territorial que correspondiera a lo que los españoles dieron tal nombre, incluso antes de haber entrado en contacto con los incas. Las discusiones sobre el origen de este nombre han sido muchas y muy variadas, ya desde el mismo momento de la presencia española. En este punto diría el P. José de Acosta:

Mas la etimología del nombre Ofir, y reducción al nombre de Perú, tén-golo por negocio de poca sustancia, siendo, como es cierto, que ni el nombre del Perú es tan antiguo ni tan general a toda esta tierra. Ha sido costumbre muy ordinaria en estos descubrimientos del Nuevo Mundo poner nombres a las tierras y puertos de la ocasión que se les ofrecía, y así se ofrece en haber pasado en nombrar a este reino, Perú...<sup>27</sup>.

La teoría, de todos modos, no resultaba tan descabellada en la época, pues además de por el amigo de Montano, el cosmógrafo Ortelio, fue recogida también por fray Gregorio García, en su obra editada por primera vez en Valencia, en 1607<sup>28</sup>. También el mercedario Martín de Murúa aludió al origen judío de los indios, diciendo que eran descendientes de las diez tribus de Israel, trasladadas por el rey asirio Salmanasar<sup>29</sup>. Las teorías de estos autores sobre el origen del hombre americano hay que incardinarlas en las que Alcina ha llamado «de origen mediterráneo o bíblico»<sup>30</sup>. Ciertamente es que ya en la época hubo detractores de aquellas teorías y, quizá, el más importante fue el ya mencionado jesuita José de Acosta, que hizo un amplio discurso sobre las mismas<sup>31</sup>, alegando que las menciones a Tarsis y Ofir que nos aparecen en algunos de los libros bíblicos no corresponden ni a una misma navegación ni a una misma provincia<sup>32</sup>.

Pero Benito Arias Montano también era un gran conocedor de los clásicos y no quiso pasar por alto lo que supuestamente éstos conocían sobre las tierras de Indias, aunque como biblista contrapuso las

<sup>27</sup> J. de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, Madrid, Atlas, 1954, cap. XIII.

<sup>28</sup> G. García, *Origen de los Indios en el Nuevo Mundo e Indias Occidentales*, México, FCE, 1981.

<sup>29</sup> M. de Murúa, *Historia General del Perú*, Madrid, Historia 16, 1986, pp. 459-461.

<sup>30</sup> J. Alcina Franch, *Los orígenes de América*, Madrid, Alhambra, 1985, pp. 41 y 46-55.

<sup>31</sup> J. de Acosta, *Historia natural...*, cap. XII y ss.

<sup>32</sup> J. de Acosta, *Historia natural...*, cap. XIII.

aportaciones de la Sagrada Escritura, especialmente del Antiguo Testamento, con lo que dijeron los autores grecorromanos. Según él, estos últimos habían descrito las tierras americanas por medio de fábulas y con ello consiguieron llenar la verdad de tinieblas, frente a la claridad con la que Moisés se había expresado en el *Génesis*. Probablemente esto puede ser una prueba más del origen judío que se baraja para la figura del extremeño.

En su afán por encontrar referencias al Nuevo Mundo en el Libro Sagrado, recurrirá también al profeta Isaías, en el que Montano encuentra una clara alusión al propio descubrimiento de América, cuando decía: «Yo les daré una señal y enviaré sobrevivientes de ellos a Tarsis ... a las islas lejanas, que no han oído nunca mi nombre y no han visto mi gloria, y pregonarán mi gloria entre las naciones»<sup>33</sup>. Este pasaje le servirá de apoyo al de Fregenal para aclarar que aquel Nuevo Mundo no era desconocido ni para Dios ni para los profetas<sup>34</sup>. En el capítulo 18 de esa misma obra, Montano veía claras las referencias al mismo y a la evangelización, especialmente cuando el mencionado profeta hablaba de los mensajeros que irían al pueblo de elevada talla, a la nación temible, lejana y opresora, surcada de ríos, cuyas gentes acabarían presentando sus ofrendas a Yaveh<sup>35</sup>. Decía el profeta:

¡Ay de la tierra del zumbido de alas, detrás de los ríos de Cus, la que envía mensajeros por el mar en naves de juncos sobre las aguas. Id veloces mensajeros al pueblo de elevada talla y piel brillante, a la nación temible y lejana, a la nación fuerte y pisoteadora, cuya tierra está surcada de ríos<sup>36</sup>.

Pero el problema del origen del hombre americano y su incardinación en el proceso de Salvación hizo que Benito Arias Montano no dejase a un lado los problemas de la conquista, haciendo especial hincapié en ello en los prólogos del *Comentario a los Doce Profetas*, especialmente en el que se refiere a Nahún<sup>37</sup>. El planteamiento tiene que ver con lo que ya hemos mencionado: todos somos producto de un creador e hijos del mismo padre, por lo cual nadie debería despreciar a su semejante. Pero el mandato bíblico, según el extremeño, se ve

<sup>33</sup> Is. 66, 19.

<sup>34</sup> B. Arias Montano, *Commentaria in Isaiae prophetae sermones*, Amberes, 1599, p. 1455.

<sup>35</sup> Este testimonio también lo recoge J. Gil en *Mitos y Utopías del Descubrimiento*, 3. *El Dorado*, Madrid, Alianza, 1989, p. 260.

<sup>36</sup> Is. 18, 1-3.

<sup>37</sup> N. Fernández Marcos, «El Nuevo Mundo...», pp. 40-42.

desbordado por los intereses egoístas de los hombres, en concreto, en este caso, de los españoles. Lo que en las Indias se estaba desarrollando era el afán de codicia y la rapiña, que en realidad es lo que mueve a la dilatación del Imperio por la fuerza y la ambición. Riqueza y poder eran así los únicos objetivos. A causa de ello hacen la guerra a aquellas naciones lejanas que nunca causaron ningún mal a sus conquistadores, que, por el contrario, daban suficientes pruebas de una crueldad extrema.

Para Montano, el hombre americano estaba como todos los demás del universo llamado a participar en el proceso de salvación de Cristo y, por tanto, no era desconocido en la Biblia ni ajeno a los proyectos divinos. Como tal pueblo, y al contrario de lo que sucedía con otros, nunca había causado daños a los cristianos. Eran parte de los descendientes de Sem, del pueblo elegido, que por los avatares sucedidos tras la confusión de la Torre de Babel, habían sido inducidos a la idolatría, de la que iban a ser liberados por los españoles. Pero eso no hizo olvidar a Montano los abusos que se cometían y clamó, a su modo, por el buen trato que merecía aquella gente inocente, aunque sin dejarse seducir por las teorías lascasianas u otras de las que propiciaron algunos teóricos de la Escuela de Salamanca.

#### PEDRO DE VALENCIA. OTRA FORMA DE VER AL HOMBRE AMERICANO

Gran amigo, alumno y confidente de Arias Montano, como ya vimos, fue este humanista zafrense el que marcó todo un periodo en la historia del pensamiento español, especialmente durante el reinado de Felipe III, hasta su muerte acaecida el 10 de abril de 1620<sup>38</sup>. Su desaparición, de alguna manera, marca el fin del humanismo español, tras una larga y fructífera época de producción de ideas y de obras, en las que hay que destacar la exégesis bíblica, que algunos autores han querido relacionar con el erasmismo, pero que otros, pensamos que más acertadamente, han incardinado en una tradición de honda raigambre española<sup>39</sup>.

<sup>38</sup> La biografía más reciente de este autor puede verse en G. Morocho Gayo, «Introducción a una lectura de Pedro de Valencia», en P. de Valencia, *Obras Completas V/2. Relaciones de Indias 2. México*, León, Universidad, 1995, pp.15-64.

<sup>39</sup> El estudio sobre estas tendencias puede verse en J.L. Paradinas, «Estudio Introductorio», en P. de Valencia, *Obras Completas IX/2. Escritos Espirituales. La «Lección Cristiana» de Arias Montano* (ed. de A.M. Martín Rodríguez), León, Universidad, 2002, pp. 17-99.

Su vinculación al mundo americano no difería mucho de la de su maestro, que sin dunda le puso en contacto con los grupos de poder que se habían gestado durante el reinado de Felipe II. Pero, además de esto, desde su tierra natal pudo ver como algunos de sus amigos y conocidos tomaban el camino de las Indias. De entre ellos, sin duda, de quien más le conmocionó la partida fue de su íntimo amigo y compañero de estudios en Salamanca, y luego confidente en Zafra, Hernando Machado. Éste, el 28 de septiembre de 1589, era nombrado relator de la Audiencia de Quito, tierras para las que partía con su esposa e hijo, en 1592<sup>40</sup>. El 10 de octubre de 1607 Machado era propuesto para fiscal de Chile y el 13 de marzo de 1620 se le nombraba oidor de aquella Audiencia, noticia que, probablemente, ya no llegaría a los oídos de Pedro de Valencia. Precisamente Machado, en ese mismo año de la muerte de su amigo, le enviaba un informe sobre la Guerra de Chile<sup>41</sup>. En todo aquel tiempo, incluso en la lejanía, las relaciones habían sido muy fluidas, pues Valencia se encargaba de los negocios de su amigo y llegó a albergar en su casa a uno de sus hijos.

La conexión de Valencia con lo americano le vino, además, por otros caminos. Quizá el principal fue el de haber sido nombrado cronista de Indias, de lo que hablaremos más adelante. También había sido nombrado cronista del reino, cargo que se le había dado el 20 de mayo de 1607, unos días después que el de Indias, por lo que uno de sus trabajos fue el de dar la aprobación para su publicación a muchas obras de tema indiano, algunas de gran relevancia. Así lo hizo, en 1613, con la *Monarchia Indiana* de Torquemada y, en 1614, con la *Historia General del Perú*, de Garcilaso de la Vega el Inca; todo ello, sin olvidar que en 1607 se le había encargado la revisión de libros de la Biblioteca de El Escorial, donde también se había recogido un buen fondo documental sobre asuntos americanos<sup>42</sup>.

El 4 de mayo de 1607 Felipe III nombraba a Pedro de Valencia cronista oficial de las Indias, con la sana intención de mantenerle en la Corte con un sueldo, pero con la condición, impuesta por el zafrense, de que no debería ejercer ningún trabajo como tal cronista<sup>43</sup>. Aquella

<sup>40</sup> AGI (Archivo General de Indias, Sevilla), *Contratación* 5239, N. 1, R. 21.

<sup>41</sup> AGI, *Lima* 152.

<sup>42</sup> J. Paniagua Pérez, «El humanismo español y la crónica oficial de Indias de Pedro de Valencia», en *Caravelle. Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brasilien* 76-77 (2001), p. 227.

<sup>43</sup> AGI, *Indiferente General* 752 y también puede verse en J. Paniagua Pérez, «Pedro de Valencia, cronista e historiógrafo oficial de las Indias (1607-1620)», *Anuario de Estudios Americanos* LIII,2 (1996), pp. 238-239.

situación de privilegio le haría objeto de las iras y envidias de Antonio de Herrera y Tordesillas<sup>44</sup>, que ocupaba el mismo cargo y que cobraba un sueldo inferior, a pesar de que él sí ejercía sus cometidos como cronista. De todos modos, la situación no era novedosa para este último, demasiado celoso por mantener el monopolio de su cargo. En realidad, ya se había opuesto, en 1591, al nombramiento de Arias de Loyola<sup>45</sup>, cuyo asunto todavía estaba pendiente en 1594<sup>46</sup>, en que se le achacaba al mencionado hombre que no había cumplido con su función de escribir la Historia<sup>47</sup>.

Pedro de Valencia, pues, no tenía mucho interés en dedicarse a los asuntos americanos. Sin embargo, la salida del Consejo de Indias de uno de sus grandes protectores, el conde de Lemos, en 1609, para hacerse cargo del virreinato de Nápoles, le puso en una situación difícil. Entonces se le exigió cumplir con su trabajo de cronista y por ello tuvo que hacer frente al mismo, con una dedicación que le permitió tener acabada la redacción de las *Relaciones* en 1613<sup>48</sup>. En realidad, ya en 1608 había realizado la *Relación de los Quijos*, que tradicionalmente se ha considerado obra del conde de Lemos, puesto que éste la firmó para presentársela a Felipe III.

Después de aquel trabajo, un nuevo encargo recaía sobre sus espaldas como cronista de Indias, la elaboración de una *Historia de Chile*, que tanto interesaba al Consejo, por todos los problemas que allí se habían generado. En 1616 sabemos que ya estaba empeñado en la recopilación de materiales y manifestaba haber tomado relación al maestro de campo Pedro Cortés. Aquel trabajo se le debió encargar a él por la necesidad que había de obtener una buena visión de los acontecimientos más allá de la erudición de la que podía hacer gala Antonio de Herrera y Tordesillas. Sin embargo, Pedro de Valencia nunca acabó con aquella obra y de hecho la abandonó, puesto que como historiador abogaba por la expresión de la verdad y ello podría ser de grave perjuicio para los intereses de la monarquía<sup>49</sup>. Sus materiales pasaron posteriormente a otro cronista de Indias, Luis Tribaldos de Toledo, que elaboró un trabajo con el título *Historia general de las*

<sup>44</sup> En realidad, parece que no hubo ningún enfrentamiento por parte de Pedro de Valencia, que no respondió a las acusaciones de Herrera. J. Paniagua Pérez, «Pedro de Valencia, cronista e historiógrafo...», pp. 241-246.

<sup>45</sup> AGI, *Indiferente General* 426-28, ff. 110v-112.

<sup>46</sup> AGI, *Indiferente General* 426-28, f. 187.

<sup>47</sup> AGI, *Indiferente General* 742-153.

<sup>48</sup> J. Paniagua Pérez, «Estudio introductorio», en P. de Valencia, *Obras Completas V/2. Relaciones de Indias 2. México*, León, Universidad, 1995, pp.82-83.

<sup>49</sup> J. Paniagua Pérez, «Pedro de Valencia, cronista e historiógrafo...», p. 240.

*continuadas guerras i difícil conquista del gran reyno y provincias de Chile*<sup>50</sup>. Esta obra estuvo muy lejos de las pretensiones que había tenido para ella el zafrense, pues se convirtió en un relato heroico, lejano a las intenciones de verdad y fidelidad del cronista extremeño.

En el conjunto de su obra, Pedro de Valencia no hace muchas alusiones al hombre americano, porque lo desconoce más allá de los informes verbales y escritos que llegaron a sus manos. No olvidemos que el zafrense nunca cruzó el Atlántico. Ni siquiera cuando hablaba de la importancia de la agricultura y hacía un repaso histórico del ser humano desde Adán mencionaba para nada a los indios, y todo lo más hacía una afirmación genérica, en la que proponía que a los hombres hay que compelerles al oficio que les dio Dios<sup>51</sup>. En ningún lugar se ha atrevido a hacer apreciaciones profundas sobre su origen, aunque tampoco niega la autoridad de Montano en este sentido. ¿Discrepa de su maestro o tiene dudas? Ni siquiera cuando hace alguna descripción física de aquellos indios, por lo general muy parca, añade ninguna alusión a dicho origen; así, de los chichimecas nos dirá que son muy morenos, quizá por ir desnudos con sol y con frío<sup>52</sup>; de los indios de Ambato, por los que se aprecia cierta simpatía, alega que «son altos de cuerpo, bien dispuestos, hermosos de rostro, los ojos grandes»<sup>53</sup>. Evita, además, hacer alusiones muy directas al tema en momentos que podrían ser propicios para mostrarnos con claridad su opinión en ese sentido, como cuando en la *Relación de Pillaro* se habla de que allí tuvieron el origen los hombres de aquellas tierras, desde donde se extendieron a su entorno<sup>54</sup>.

Cuando Valencia escribió su obra, ya se había pasado la época de la creencia en posibles seres monstruosos, pues ya era un hecho comprobable en casi toda América que los indios, en su fisonomía, diferían de los europeos aún menos que otras razas conocidas<sup>55</sup>.

<sup>50</sup> Esta obra sería publicada en el siglo XIX, en el tomo IV de la «Colección de Historiadores de Chile». L. Tribaldos de Toledo, *Vista Jeneral de las continuadas guerras: difícil conquista del gran reyno provincias de Chile por...*, Santiago de Chile, 1864.

<sup>51</sup> Pedro de Valencia, *Obras Completas IV, 1. Escritos Económicos*, «Discurso sobre el acrecentamiento del valor de la tierra», León, Universidad, 1994, pp. 145-147.

<sup>52</sup> En P. de Valencia, *Obras Completas V/2. Relaciones de Indias 2. México*, León, Universidad, 1995, p. 189.

<sup>53</sup> P. de Valencia, *Obras Completas V/2...*, p. 317.

<sup>54</sup> P. de Valencia *Obras Completas V/1. Relaciones de Indias 1. Nueva Granada y Virreinato del Perú*, León, Universidad, 1993, p. 320.

<sup>55</sup> J. Paniagua Pérez, «Lo fantástico en las *Relaciones de Indias* de Pedro de Valencia», en *Humanismo y Tradición Clásica en España y América II* (ed. J.M<sup>a</sup>. Nieto Ibáñez), León, Universidad, 2004, pp. 238-239.

Aun así, en el conjunto de sus *Relaciones*, lo que sí se aprecia es su preferencia por los indios sedentarios y dedicados a los trabajos del campo, como sucede con los de la localidad de Ambato, respecto de los que dice que «Ocúpense de la labranza de la tierra a la que son aficionados»<sup>56</sup>. Hay casi siempre como una alabanza implícita a las dedicaciones agrícolas y lo que tiene que ver con el mundo de lo natural; de ese modo, al tratar de la región de Panuco nos dice de la propiedad de las mencionadas tierras que «no las dan ni toman en alquiler unos de otros, porque cada uno tiene las que ha menester»<sup>57</sup>.

Pero quizá, como su amigo Hernando Machado, hubo una cosa en especial que le admiraba de los indios: la incardinación de los mismos en su medio natural, es decir, esa especie de comunión entre el hombre y la tierra siempre en estrecha dependencia. De hecho, Machado, al referirse a los indios de Chile, contrapuso la codicia de los españoles al espíritu más libre de los indios, muy implicados con su medio, de ahí que la eterna guerra de aquellas latitudes la vea como una consecuencia de los abusos cometidos por los hispanos<sup>58</sup> y, en el fondo, crea en la imposibilidad de ganarla, porque los naturales gozan de esa comunión con su territorio, que les permite actuar de forma rápida y reaccionar con prontitud a la superioridad de medios de la que gozaban sus enemigos.

En este sentido, no se debe olvidar que en su teoría Pedro de Valencia, además, consideraba que la agricultura debía ser tenida como un trabajo noble, el más digno de los posibles; por ello, aunque en diferentes obras, se esforzó en alabar la dedicación de indios y españoles al mismo; pero, por el contrario, en España no le parecía correcto que los moriscos fuesen agricultores, sino más bien que se dedicasen al comercio y pagasen sus impuestos. Si ello se conseguía, el oficio de labrador sería más honrado y los moriscos cada vez más afeminados y temerosos<sup>59</sup>. Quizá ahí si podamos apreciar algo de la influencia de Montano, puesto que para el de Fregenal, al fin y al cabo, los indios eran semitas y por tanto, una rama del pueblo elegido, que debía gozar de los mismos derechos y privilegios que sus conquistadores. Evidentemente, para Valencia la dedicación del hombre al tra-

<sup>56</sup> P. de Valencia, *Obras Completas V/1...*, p. 318.

<sup>57</sup> En P. de Valencia, *Obras Completas V/2...*, p. 221.

<sup>58</sup> J. Paniagua Pérez y M.I. Viforcós Marinas, *El humanismo jurídico en las Indias; Hernando Machado*, Badajoz, Diputación, 1997, p. 119.

<sup>59</sup> P. de Valencia, *Obras Completas IV, 1. Escritos Económicos*, «Discurso sobre el acrecentamiento del valor de la tierra», León, Universidad, 1994, pp. 156-157.

bajo de la tierra no se debe desvincular de su idea general de dignificación del mismo; por ello no duda en criticar a aquel numeroso contingente de peninsulares que huían de toda labor, yéndose a conventos, a la Universidad o las Indias para enriquecerse<sup>60</sup>. Por todo ello, no duda en definir a los estudiantes como gente ociosa y regalada<sup>61</sup>. Igualmente, cuando cree tener noticias fidedignas del desprecio por el trabajo de algunos indios, tampoco se priva de criticarlos y de tratarlos con cierto desdén en sus escritos, como lo hace al referirse a los indios de Tunja, de los que dice que «son de poco trabajo y enemigos de él»<sup>62</sup>.

Cierto es también que existen puntos en los que hay ciertas divergencias entre Montano y Valencia respecto de las relaciones de los españoles con los indios. Una de las más llamativas es la que se refiere a la guerra, pues mientras Montano no le encuentra justificación, Valencia parece apoyarla frente a los indios belicosos y cuando ésta tenga un carácter defensivo, pues los indios de guerra suelen ser nómadas y no cultivan la tierra, lo que se oponía a su pensamiento de obligatoriedad del trabajo para todos los hombres. Es decir, en su visión, para poder practicar la guerra, ésta debería ser justa y necesaria. Así, cuando habla de los chiriguano de la región de San Juan de la Frontera (Tomina), justifica la guerra por su belicosidad<sup>63</sup>. Se extiende más en este sentido al hablar de los chichimecas. De ellos nos dice que se dedican a las actividades bélicas y «no siembran»<sup>64</sup>; incluso les califica de «gente traidora y sin fe» a los que «es forzosa la guerra que con ellos se trae, por defenderse de sus violencias»<sup>65</sup>. Vuelve a hablar de ellos en la *Relación de Tampico* y dice «No adoran ningún dios ni tienen ley ni rey»<sup>66</sup>. «El habla de todos ellos parece aullido de animales»<sup>67</sup>. Insiste de nuevo en los chichimecas en la *Relación de Nombre de Dios*, al decir «son gente bárbara, mudables y sin fe»<sup>68</sup>. De los indios yarugués y pijaos, de la actual Colombia, dice que eran gente muy belicosa, pero valiente; y al hablar de ellos se deja llevar por la información que tiene sobre las prácticas antropofágicas de los pijaos, hasta

<sup>60</sup> P. de Valencia, *Obras Completas IV, 1...*, p. 148.

<sup>61</sup> P. de Valencia, *Obras Completas IV, 1...*, p. 159.

<sup>62</sup> P. de Valencia, *Obras Completas V/1...*, p. 269.

<sup>63</sup> P. de Valencia, *Obras Completas V/1...*, p. 452-453.

<sup>64</sup> P. de Valencia, *Obras Completas V/2...*, p. 189.

<sup>65</sup> P. de Valencia, *Obras Completas V/2...*, pp. 189-190.

<sup>66</sup> P. de Valencia, *Obras Completas V/2...*, p. 208.

<sup>67</sup> P. de Valencia, *Obras Completas V/2...*, p. 208.

<sup>68</sup> P. de Valencia, *Obras Completas V/2...*, pp. 323-324.

el punto de decir, que «han comido toda cuanta gente confinaba con ellos»<sup>69</sup>; por tanto, por su salvajismo y los problemas que causaban, se debía acabar con ellos. Igualmente nos habla de prácticas antropofágicas entre algunos indios de Oaxaca, donde, en una sublevación en torno a Miagatlán, se dice que unos indios del entorno mataron a otros 100.000 y se comieron cuantos pudieron<sup>70</sup>. Por el contrario, en otros momentos y lugares tilda a los indios de cobardes; así, al hablar de los del Darién dice que su condición «será la que se conoce en todos los demás que, siendo pocos, dan acogida y se dejan gobernar sin resistencia; y, si son muchos, se atreven y resisten con guerra y astucia»<sup>71</sup>. En la *Relación de Tunja* recurre a achacarles su afición a la mentira, pues, cuando nos dice que son gente que carece de historia, aclara que, aunque la tuvieran, no se debería creer, porque es gente «fácil y mentirosa»<sup>72</sup>.

Pedro de Valencia también parece desconfiar de las conversiones que se habían producido en las Indias; es más que probable que, como otros muchos españoles de la época, tuviese la idea de la falta de carácter de los naturales o su costumbre de fingir; de hecho, su propio amigo Machado, del que le llega información, está en esa línea de desconfianza de las conversiones<sup>73</sup>. Valencia hará referencia a ello en su obra sobre los moriscos, de cuya conversión desconfiaba aún más; pues, cuando se pensó que una posibilidad para este grupo era la de trasladarlos a las Indias, planteó su oposición, alegando que «en ninguna manera conviene, porque harían daño en los indios con la doctrina y en la paz de la tierra con la falta de lealtad»<sup>74</sup>.

Su visión del indio, por tanto, parece ser muy contradictoria. Los alaba en algunos aspectos, como hemos visto, pero en otros mantiene una cierta desconfianza, cuando no un rechazo por determinadas prácticas que repugnaban a los europeos de la época, o por tópicos que los españoles expandieron sin profundizar en la verdad o en la explicación de los mismos.

Frente a lo que sucedía con su amigo y maestro Benito Arias Montano, pocas veces Pedro de Valencia se deja seducir por lo estricta-

<sup>69</sup> P. de Valencia, *Obras Completas V/1...*, p. 271.

<sup>70</sup> P. de Valencia, *Obras Completas V/2...*, p. 146.

<sup>71</sup> P. de Valencia, *Obras Completas V/1...*, p. 233.

<sup>72</sup> P. de Valencia *Obras Completas V/1...*, p. 269.

<sup>73</sup> J. Paniagua Pérez y M. I. Viforcós Marinas, *El humanismo jurídico en las Indias...*, p. 120.

<sup>74</sup> P. de Valencia, *Obras Completas IV. Escritos Sociales. 2. Escritos políticos*. León, Universidad, 1999, p. 108.

mente bíblico en los aspectos que se refieren a las Indias, aunque esto no quiera decir que no esté de acuerdo con el conjunto de la teoría del de Fregenal. Casi la única disquisición que plantea en este sentido es la de avispas venenosas, de las que hace mención en la *Relación de Porto Viejo*, donde nos dice literalmente:

Es muy digna de consideración la historia de este animalejo ponzoñoso para la declaración literal de la Historia Sagrada, en cuatro lugares de la Escritura, donde se dice que expelió Dios los indignos e injustos moradores de la tierra de promisión enviando delante de los hijos de Israel crabrones o vespas que picasen y ahuyentasen a los enemigos del pueblo de Dios; los cuales vocablos latinos que tradujo la versión «Vulgata» y los que responden en los originales hebreos y griegos, significan este animalejo que conocemos y llamamos avispa; y algunos intérpretes, particularmente San Agustín, dudaron si se había de entender en aquellos lugares a la letra en significación propia o se significaba por translación con este vocablo la fama y rumor de los milagros espantosos de Dios y número y valentía de los israelitas, que procedió volando como avispa, y picando y acobardando los ánimos de los cananeos para que fuesen fácil de combatir y de vencer<sup>75</sup>.

Frente a una interpretación de los textos bíblicos por parte de san Agustín, Valencia, siempre fiel al espíritu bíblico y a los textos originales, no duda en aceptar el suceso al pie de la letra<sup>76</sup> y decir «Ello de suyo es lo más cierto interpretar las promesas y historias divinas en propia significación»<sup>77</sup>. Ahora bien, no se priva de hacer un comentario que dé realismo al hecho y a lo que se cuenta en la *Relación* sobre las avispas venenosas de la región de Porto Viejo, pues añade «es muy propio de las tierras desérticas y secas producir y criar copia y diversidad de sabandijas y animalejos venenosos, como se experimenta en mucha parte de África y en estas regiones (de que) vamos tratando»<sup>78</sup>. Aún así, la fidelidad al texto bíblico estaba por encima de todo y Valencia, si consideraba que los orígenes del hombre americano estaban recogidos en el Libro Sagrado, tal y como lo proponía Arias Montano, no creemos que dudara sobre los orígenes de aquellos como descendientes de Sem.

Con Pedro de Valencia estamos ante un humanista al que no le interesó lo fabuloso ni lo fantástico, a lo que hubiera sido propicio el mundo americano y, desde luego, la aceptación literal de la *Biblia* no tendría nada de fantasía. Lo caracterizó casi siempre su racionalismo,

<sup>75</sup> P. de Valencia, *Obras Completas V/1...*, p. 369.

<sup>76</sup> Las referencias bíblicas son al *Exod.* 23, *Deut.* 7, *Josué* 24 y *Sap.* 12.

<sup>77</sup> P. de Valencia, *Obras Completas V/1...*, p. 369.

<sup>78</sup> P. de Valencia, *Obras Completas V/1...*, p. 369.

con el que se enfrentó a los problemas del mundo en el que le tocó vivir. Su obra se caracterizó siempre por la profusión y exactitud de los textos que utilizó<sup>79</sup>; él mismo lo puso de manifiesto a la hora de elaborar un informe sobre la *Historia de China*, que había elaborado el jesuita Alonso Sánchez, donde aludió a que «sería necesario juntar muchos papeles y todas las relaciones y libros pertenecientes a esta materia»<sup>80</sup>. Lo hizo también respecto a la guerra de Chile y quedó patente de igual modo en las *Relaciones de Indias*, en las que trabajó sobre informes de primera mano que no ofrecían demasiados datos como para elaborar una teoría del origen del hombre. No había, pues, por qué dudar de las proposiciones de su amigo y maestro. Por ello, probablemente, hace algunas manifestaciones que, de alguna manera, hacen al americano partícipe del programa de salvación. En la *Relación de Guayaquil* nos dice que aquellos indios tenían nombres para los días de la semana y que al domingo lo llamaban *Tapipipinche*, que era el más solemne<sup>81</sup>. A ello habría que unir la presencia en tierras americanas de los apóstoles, que él no pone en duda, ni hace disquisiciones sobre ello; así, en la *Relación de Ambato* recoge la tradición de la presencia de San Bartolomé<sup>82</sup>. Todo ello, como dijimos, en un intento de vincular a los indios con la tradición judeo-cristiana, aunque aquello no era una tarea fácil, por lo que probablemente se sentía incomodo como cronista de Indias.

A pesar de todo lo que hemos dicho, se nos sigue planteando la siguiente pregunta: ¿por qué no habla directamente del origen del hombre de Indias? Debemos recordar ahora que en el pensamiento de Pedro de Valencia el saber no es especulativo, sino que debe tener función práctica de cara a la sociedad. Necesita de datos comprobables y objetivos, aunque en ocasiones los mezcle con autores clásicos o acepte crédulamente algunas cosas que, de todos modos, no debemos desvincular de lo que sucedía en su tiempo. Su humanismo, en muchos casos, es muy pragmático y, por tanto, a la hora de tocar temas indianos no se suele dejar seducir por la teoría, aunque en el fondo tampoco la rechaza y, de hecho, a veces la acepta. En su obra, por tanto, subyace la idea del bien común, que en él va unido al concepto de justicia. Nos preguntamos si esto implicaría el estar de

<sup>79</sup> J.L. Suárez Sánchez de León, *El pensamiento de Pedro de Valencia. Escepticismo y modernidad en el humanismo español*, Badajoz, Diputación, 1997, p. 288.

<sup>80</sup> BL/L (British Library, Londres), *Manuscripts ADD 13977*. Ver también en J. Paniagua Pérez, «Lo fantástico...», pp. 226-227.

<sup>81</sup> P. de Valencia, *Obras Completas V/1...*, p. 372.

<sup>82</sup> P. de Valencia, *Obras Completas V/1...*, p. 319

acuerdo con su amigo Hernando Machado en abandonar las Indias, ya que en realidad con la ocupación se está restringiendo la libertad de los naturales<sup>83</sup>. Acepta por ello sin crítica algunas creencias indígenas que ponen de manifiesto lo poco deseable de la presencia española en aquellas tierras, como al hablar del volcán Tungurahua, como prodigio de anuncio de calamidades, ya que erupcionó poco antes de que se produjera la conquista<sup>84</sup>. En general, Pedro de Valencia no hace disquisiciones religiosas, aunque, como en muchas de sus obras y como manifiesta Sánchez de León, actúa sin ser percibido<sup>85</sup>.

#### LA VISIÓN COMÚN DE ARIAS MONTANO Y DE PEDRO DE VALENCIA

Hemos destacado ya algunos aspectos en que estos dos hombres mantienen una cierta vinculación sobre su visión de las Indias, aunque planteada en muchas ocasiones desde perspectivas distintas. Montano teoriza abiertamente en alguna de sus obras y arrastra el problema, principalmente, a las cuestiones bíblicas. Valencia no es ajeno a ello en algunos momentos, pero lleva sus manifestaciones más al terreno de lo práctico, de lo útil, de aquello que pueda servir para el buen gobierno de los territorios españoles al otro lado del Atlántico. Pero tampoco las posturas de los dos humanistas podemos considerarlas como divergentes. No olvidemos, como ya mencionamos al principio, que Valencia tuvo especial interés en que se publicaran las obras inéditas que había dejado su maestro; y así, en 1601 salía a la luz la *Naturae Historia*, en la que se tocaban temas que afectaban más o menos directamente a los orígenes del hombre americano. Es más, tampoco el pragmatismo era del todo ajeno al de Fregenal y de hecho ambos plantearon la idea de que Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad<sup>86</sup>, tarea que, al decir de Valencia, implica el que los príncipes tienen la obligación de que los hombres sean enseñados en la religión<sup>87</sup>.

<sup>83</sup> J. Paniagua Pérez y M.I. Viforcós Marinas, *El humanismo jurídico en las Indias...*, p. 121.

<sup>84</sup> P. de Valencia, *Obras Completas V/1...*, p. 322.

<sup>85</sup> J.L. Suárez Sánchez de León, *El pensamiento de Pedro de Valencia...*, p. 304.

<sup>86</sup> P. de Valencia, *Obras Completas IX/2. Escritos Espirituales. La «Lección Cristiana» de Arias Montano* (ed. de A.M. Martín Rodríguez), León, Universidad, 2002, pp. 178-181.

<sup>87</sup> P. de Valencia, *Obras Completas IX/2...*, pp. 336-337.

América, sin duda, había producido un choque en la cosmovisión cristiana. En Pedro de Valencia ya se aprecia la evolución que se ha producido en la concepción del indio y de su mundo. Se había superado la teoría aristotélica y el fenómeno griego-bárbaro se trasladó al de europeo-indio<sup>88</sup>, pero sólo en los primeros tiempos. Esto pondría en entredicho la evangelización, pero con Valencia las cosas eran diferentes, puesto que el indio ya era considerado en plano de igualdad con los demás hombres en lo que a su naturaleza se refiere, y las diferencias eran solo de tipo cultural; cosa que él nunca debió dudar, si es que aceptaba, como parece, la teoría semita del hombre americano. Por ello, aunque en las *Relaciones* se separe a los indios en un apartado dentro de lo moral y lo político, se incluyen en el mismo capítulo que los españoles, y se produce una mezcla de información en muchas ocasiones. Otra cuestión se plantea cuando los indios son belicosos, pues entonces se les considera dentro del apartado de lo militar. Lo que interesa, más que la diferencia humana, es mostrar una rica visión de las Indias en todos los aspectos. Es más, las propias *Relaciones* responden a un deseo de homogenización americana, que a través del conocimiento de sus tierras, gentes y demás características, facilite la tarea a los gobernantes<sup>89</sup>. Pero Montano tampoco está lejos de estas posturas, pues, al considerar a los indios semitas, serían otros semitas, españoles y descendientes de aquellos que huyeron con las destrucciones del templo de Salomón, los que llegaban a aquellas tierras con el mensaje de una fe que con el paso de los tiempos habían perdido en América.

El antibelicismo es patente en ambos, aunque Pedro de Valencia llegaría a justificar la guerra con carácter defensivo y frente a indios belicosos, que, supuestamente, acosaban a los españoles o impedían el avance evangelizador. Como ya dijimos, la guerra debería ser justa y necesaria, tal y como lo planteó su amigo Hernando Machado, buen conocedor de la de Chile y también de la obra de Arias Montano:

Advirtiendo que no basta para seguirse una guerra el ser justa, sino necesaria, como decía el grande Augusto<sup>90</sup>, porque ella es tan penosa, tan llena de injusticias y pecados, en el principio, medio y fin, que ningún príncipe se

<sup>88</sup> J.L. Suárez Sánchez de León, *El pensamiento de Pedro de Valencia...*, pp. 246-247.

<sup>89</sup> J.L. Suárez Sánchez de León, *El pensamiento de Pedro de Valencia...*, pp. 249-250.

<sup>90</sup> San Agustín, *De civitate Dei* 4, 15, 2-4 *passim*.

meterá en ella, si no es por la pública paz, a que solo parece se reduce su justicia, y aventurando, por uno que gaste a ganar mil<sup>91</sup>.

Para ambos han pasado ya los tiempos de las utopías de algunos humanistas de primera hora y no plantean el mundo feliz de los indios ni la creación de una sociedad ideal propia para las Indias. Los naturales han entrado de lleno en el programa de salvación, después de una época oscura, y se han incardinado en el mundo cristiano, disfrutando de las ventajas y de los problemas que éste ofrecía. No es tampoco la época de dudar de la racionalidad del indio, que ya había sido superada en buena medida y, además no entraba su irracionalidad en los problemas posibles de un pueblo descendiente del elegido por Dios. No dudamos que, como Arias Montano, Valencia abogaba por el buen trato a los indios y veía con malos ojos los abusos que se cometían: de ahí su interés por reflejar en sus *Relaciones* todo lo que tenía que ver con descenso de la población, encomiendas e, incluso, burocracia.

Cuando Montano y Valencia escribían, era ya el momento de converger en la búsqueda de una sociedad más justa e igualitaria; por lo que, de manera especial, Pedro de Valencia ve la necesidad de que se imponga la realidad y que se aborden los problemas de fondo por la propia autoridad. Como a Cicerón, les había tocado vivir unos momentos de crisis en el Imperio y consideraban que su deber era tratar de paliar aquella situación<sup>92</sup>, aunque también en este sentido Pedro de Valencia pusiese más de relieve su pragmatismo. Las propias *Relaciones de Indias* entran en esa línea, pues su fin es dar soluciones, y lo deja muy claro en palabras que pone en boca del conde de Lemos, dirigiéndose al rey Felipe III en la *Relación de los Quijos*; allí dice: «Padre y Señor mío: qualquiera buen entendimiento comprehende quan importante sea el conocimiento de los súbditos para satisfacer perfectamente el Príncipe a las obligaciones de su ministerio»<sup>93</sup>. En el fondo, en este pasaje se trasluce lo que ya Arias Montano había expresado en su *Lección Cristiana*, que Pedro de Valencia había traducido del latín al español. Decía el de Fregenal, en cuanto a las obligaciones de los príncipes, que «tienen obligación por su oficio a cuidar primeramente de la onra de Dios, salvación de las

<sup>91</sup> J. Paniagua Pérez y M.I. Viforcós Marinas, *El humanismo jurídico en las Indias...*, p. 167.

<sup>92</sup> J. Paniagua Pérez, «Las visiones de las Indias de los humanistas zafrenses», *Cuadernos de Çafra* II (2004), p. 22

<sup>93</sup> P. de Valencia, *Obras Completas V/1...*, p. 109.

almas, onesta i conveniente comodidad de sus súbditos»<sup>94</sup>. En la misma obra dice, más adelante, al hablar de las obligaciones de reyes, príncipes y magistrados que «fueron puestos por Dios... para que provean, procuren i con todo cuidado busquen para el pueblo de Dios todo aquello que según los preceptos i doctrina de la sabiduría divina se entiende puede ser de provecho para el ejercicio i augmento de la virtud, para la reformatión de la república, la paz, quietud, justicia i modestia»<sup>95</sup>.

---

<sup>94</sup> P. de Valencia, *Obras Completas IX/2...*, p. 313

<sup>95</sup> P. de Valencia *Obras Completas IX/2...*, p. 333.